

EL ‘NUEVO’ NUEVO PERIODISMO: SE EXPANDEN LOS DIÁLOGOS EN EL SIGLO XXI

Roberto Herrscher

Cronista, periodista especializado en cultura, sociedad y medio ambiente, corresponsal en España de la revista Opera News. Sociólogo por la Universidad de Buenos Aires y Magíster en Periodismo por la Universidad de Columbia. Autor de Periodismo Narrativo y del relato de no ficción Los viajes del Penélope.

Sus reportajes, crónicas y perfiles han sido publicados en medios como La Vanguardia, El Periódico de Catalunya, Ajo Blanco, El Ciervo, Lateral, Room, Quimera, Gentleman, Gatopardo, Travesías, Etiqueta Negra, Página 12, Perfil, y Puentes.

1. Se define un género: el libro de Robert Boynton

El problema de llamar “nuevo” a algo es que pronto se vuelve obsoleto, y cuando llega lo siguiente... no hay cómo llamarlo.

Después de que Tom Wolfe llamara “El Nuevo Periodismo” a lo que hacían él y sus amigos en los años 60 y 70, ¿cómo llamar lo que se hace ahora? Robert Boynton lo llamó “El nuevo Nuevo Periodismo”. He puesto mi granito de arena para su difusión en castellano: en la colección Periodismo Activo de la editorial de la Universidad de Barcelona acabo de presentar la primera edición integral en nuestro idioma. Y la escritura de mi texto para la presentación con el mismo Boynton en Barcelona, y el trabajo en la edición del libro me llevaron a pensar mucho en la vigencia, el presente y el futuro del periodismo narrativo o literario en estos tiempos de cambio.

Primero, una rápida definición: *El nuevo Nuevo Periodismo* es tan distinto a *El Nuevo Periodismo* como Robert Boynton es distinto a Tom Wolfe.

El libro de Wolfe era como él: lleno de respuestas. Era el manifiesto de una revolución. Contenía una antología de los maestros de la generación de Wolfe: Truman Capote, Norman Mailer, Hunter Thompson, Joan Didion, Joe McGinnis, Michael Herr, Gay Talese y, por supuesto, el mismo Tom Wolfe.

Entre todos muestran un gran abanico de posibilidades a partir de unas cuantas reglas básicas: contar en vez de explicar, narrar por escenas, la descripción como forma de orientar y enganchar al lector, transformar a fuentes en personajes y a declaraciones en diálogos. Y sobre todo, la inmersión: pasar mucho tiempo

con los personajes, conocerlos a fondo y escribir sobre ellos como un novelista escribiría sobre los personajes que surgen de su imaginación.

El libro de Boynton nos obliga a mirar atrás, a aquel volumen pionero de Tom Wolfe, que trajo al castellano el gran editor Jorge Herralde. Y así como el de Wolfe estaba lleno de respuestas, este de Robert Boynton está lleno de preguntas.

Boynton es un periodista de alma. Investiga, cuenta y opina con conocimiento y pasión sobre los cambios sociales en Estados Unidos, y ha dedicado los últimos seis años a una investigación en la misteriosa Corea del Norte, el último refugio del estalinismo.

Pero estas lecciones de buen periodismo parten también de su otra vocación: es un verdadero maestro. Desde hace años dirige el programa de la Universidad de Nueva York en la que jóvenes de todo el mundo buscan abrirse camino en las crónicas, los reportajes y los perfiles de revistas. Allí enseña los caminos del periodismo en profundidad.

¿Qué es *El nuevo Nuevo Periodismo*? Es una sagaz sucesión de entrevistas a fondo con los herederos de la generación de Tom Wolfe. Uno solo se repite en ambos libros, porque ya era genial hace 40 años y sigue haciendo periodismo del indispensable: Gay Talese.

El resto son periodistas literarios que irrumpieron entre finales del siglo pasado y la primera década de este. Ted Conover, Jon Krakauer, Michael Lewis, Adrian Nicole LeBlanc, Susan Orlean, Richard Ben Kramer, William Langewiesche, Jane Kramer... 19 en total. Solo hay tres mujeres, lo cual es inquietante, aunque en la antología de Tom Wolfe era todavía peor: si mal no recuerdo, solo estaba Joan Didion.

Estos autores son sometidos a una presentación y análisis de sus carreras y obras: son relatos y son ensayos. De cada uno rescata aquello que los movió a meterse en su porción de realidad, a indagar por asuntos actuales y eternos, y a encontrar el estilo por el que son celebrados.

Y después, lo fundamental: las entrevistas. Pregunta un poco por el qué, pero más pregunta por el cómo. Aunque muchas de las preguntas se repiten, parecen nuevas, parecen hechas para cada autor. Mi amigo y gran cronista argentino Leo Faccio, que leyó con deleite el libro, me comentó que uno de los gustos es saber que cada autor va a tener que responder a esas preguntas, tan precisas, tan difíciles, sobre por qué y cómo hacen lo que hacen.

Pero, por supuesto, muchas otras preguntas son únicas; tienen que ver con el tipo especial de periodismo narrativo que hace cada uno. Y también hay un estado de alerta que conocen todos los buenos entrevistadores: la repregunta, el saltar sobre

lo que queda poco claro, o a abrir la puerta al secreto y a las razones últimas por las que cada uno hace así su trabajo.

Con todos empieza pidiéndoles una autodefinición. Y llama mucho la atención el énfasis en la modestia: buscan entender, contar, transmitir. No la Verdad ni el Arte con mayúsculas. Y una gran diferencia con Wolfe: él mismo se decía representante de una revolución, que cortaba con el periodismo del pasado. Su nuevo periodismo era contra el viejo, era un desafío. Era *The Times They Are A-Changin'* de Bob Dylan hecho periodismo. En el libro de Boynton, sus autores se reconocen en la generación anterior. Se ven como una continuidad. Si cabe, un desarrollo.

Entre las muchas cosas que me quedaron más claras tras leer el libro y conversar mucho con Robert Boynton destaco esta: si a partir de *El Nuevo Periodismo* el diálogo central era entre periodismo y literatura, en *El nuevo Nuevo Periodismo* se agrega a este un nuevo diálogo: entre el periodismo literario y las ciencias sociales.

Los nuevos cronistas se sumergen en las calles de sus propias ciudades y en lejanos poblados como antropólogos, estudian las relaciones y las conductas como sociólogos y psicólogos, aprenden del pasado para entender el presente como historiadores, y en sus libros analizan y piensan en pluma alta a la par que cuentan. Son narradores y ensayistas. Tal vez esto tenga que ver con que estos nuevos nuevos periodistas pasaron todos por la universidad, y también que muchos enseñan, siguen en la academia.

Pero no llevan la calle al lenguaje de las revistas científicas y las tesis. Al revés: llevan la profundidad y la teoría a las calles y al lenguaje de los lectores.

2. El periodismo entra en las aulas universitarias y se hace anfibio

¿Qué tienen en común los periodistas narrativos estadounidenses de comienzos del siglo XXI entrevistados por Robert Boynton? Que agrandan la realidad, afinan nuestra mirada, enriquecen las herramientas con que los periodistas narrativos y los escritores de no ficción cuentan lo que pasa.

En la influyente antología *The Literature of Reality*, la académica Barbara Lounsberry y el eminente cronista Gay Talese dividen sus selecciones de ejemplos en diversas categorías, que van desde formas de presentar la realidad y jugar con el lenguaje hasta formas de ‘agrandar’ la realidad.

Esto suena peligroso: ¿cuánto se puede agrandar un hecho, una escena o un personaje sin distorsionarlo, sin transformarlo en ficción?

Pero en esencia, agrandar es aplicar una lupa, mirar lo pequeño, lo minúsculo, como si fuera grande. En última instancia, hacer visible lo invisible. Como hace un fotógrafo con un detalle, que con la ayuda de una cámara potente permite detener la imagen y hacernos notar lo que de otra manera no veríamos. Así agrandan la realidad periodistas norteamericanos de hoy como el poeta áspero de la frontera Charles Bowden (*Ciudad del crimen*), como el viajero en busca de la mirada del otro Ted Conover (*Coyotes*), como la investigadora de su propia subjetividad Susan Orlean (*El ladrón de orquídeas*) y como la buceadora hasta el fondo del sueño hecho añicos de los inmigrantes Adrian Nicole LeBlanc (*Random Family*).

Pero también usan herramientas de las ciencias sociales, además de las literarias que ya habían introducido de a poco los pioneros, como Daniel Defoe, Anton Chejov o José Martí en sus crónicas ‘periodísticas’, y sobre todo como lo emprendió como proyecto la generación del Nuevo Periodismo.

Este es el gran adelanto de esta nueva generación, creo: en ese maridaje entre periodismo y ciencias como sociología, antropología, psicología social y ciencia política, avanzan mucho en hacernos entender cómo los casos que presentan nos explican una realidad amplia, un contexto social, un tiempo y un lugar, lo que sucede en el mundo.

El innovador periodista argentino-chileno Cristian Alarcón lo llama “mirada anfibia”. Así como los animales anfibios pueden respirar debajo del agua con sus bronquios de pez y al aire de la superficie con sus pulmones, los nuevos nuevos periodistas que publican en la revista digital *Anfibia* de Alarcón saben bucear en las profundidades de los textos teóricos y las investigaciones de observación participante de los científicos sociales, y también en el aire ligero y a veces enrarecido de las calles.

Este método “anfibia” se puede ejercer como muchas veces hace esa revista, con una pareja de investigadores (un científico social y un periodista) trabajando juntos, pero en la forma en que lo ejercen los “nuevos Nuevos Periodistas” que perfila y entrevista Boynton es un camino individual, donde el mismo contador de historias reales adopta las dos naturalezas, y usa los saberes y experiencias de ser periodista y ser investigador social para que sus productos periodísticos sean más profundos, más complejos, más efectivos.

Para aquellos de nosotros que combinamos una carrera en periodismo con la docencia y la investigación en la universidad, esta “anfibia” es no solo una buena noticia: es la demostración de que nuestras dos vocaciones pueden ir de la mano y de que la formación universitaria puede aportarles mucho a las nuevas generaciones de periodistas.

En un principio, en los años finales del siglo pasado, muchas universidades abrieron carreras de periodismo y comunicación sin tener profesores formados en cómo se hace periodismo práctico y que al mismo tiempo contaran con títulos acreditativos y vocación docente. Las carreras de periodismo se llenaron de profesores que en su vida habían pisado una redacción: habían pasado toda su vida en la universidad. Podían enseñar cómo ser como ellos: estudiosos de la comunicación, de la semiótica, de la historia del periodismo, de los efectos sociales de los medios.

Estas carreras también se poblaron de profesores de literatura, de historia, de antropología y de sociología. Estaban preparados para enseñar a los suyos, a los que querían seguir sus pasos. Pero sus cursos se poblaron de jovencitos deseosos de salir al mundo y ser periodistas. Yo he sufrido en carne propia a algunos de estos profesores: encargaban escribir reportajes y lo que querían eran monografías llenas de teoría y de notas al pie, como ellos sabían hacer. No les parecía que había buen y mal periodismo: despreciaban el periodismo en todas sus formas, y enseñaban que el mejor periodismo es escritura académica impresa en los medios.

En los mejores casos, podían enseñar cómo analizar y criticar el discurso y el efecto social de los medios, pero no cómo hacer periodismo. Esos estudiantes sabían todo sobre cómo de malos eran los periodistas de la generación anterior. Pero no habían aprendido cómo hacerlo mejor.

Una generación más tarde, las universidades vieron que si la mayoría de los estudiantes no querían quedarse en la universidad reemplazando al profesor sino que querían ser periodistas, debían traer periodistas para enseñarles. Las universidades se poblaron de muy buenos periodistas: algunos no tenían ni idea ni vocación para enseñar. Solo sabían dar órdenes. No acompañaban a los alumnos a encontrar su camino en el periodismo: los corregían y editaban como si fueran sus subordinados en las redacciones. Al menos estaban aprendiendo periodismo práctico. Pero con estos profesores perdían el enfoque crítico y la visión de un periodista como intelectual, como pensador.

Yo creo que las mejores universidades han pasado ambos periodos. Hoy los profesores saben de periodismo práctico y tienen un enfoque intelectual, crítico, y conocen de ciencias sociales y humanas. Ya hay oportunidades para los alumnos de no tener que aprender el mundo de los medios de quienes nunca han tenido relación con ellos, y tampoco de practicantes del oficio que no llegan al nivel de enseñantes de una profesión liberal. Hoy los alumnos salen de las mejores escuelas, carreras, diplomados y maestrías con las herramientas para hacer periodismo de alto nivel y una visión universitaria del mundo: un conocimiento de las ciencias sociales y del lenguaje. Nociones de historia, de geografía, de literatura, de derecho.

Con esto y con la globalización del conocimiento y la cultura digital, los nuevos periodistas están mucho mejor formados y, si quieren, pueden iniciar una carrera

en este nuevo Nuevo Periodismo: al convertirse en buenas carreras donde se enseña el oficio y la visión científica, los reporteros de hoy están preparados para ser anfibios.

3. Diálogos con las otras artes: cine, televisión, fotografía, artes escénicas y plásticas

Es cierto: hay jóvenes que no están interesados por nada. Nada les conmueve, nada les emociona. Con estos es muy difícil avanzar. Lo principal: ponerlos en contacto con grandes crónicas, perfiles, documentales, fotorreportajes, y tal vez descubren que fuera de lo que leían en el colegio o compartían con sus amigos había algún autor que les podía contar cosas que tenían que ver con ellos. Que leyendo sobre otros podían entenderse mejor. Pero como profesor, me encuentro cada vez más con aspirantes al periodismo que ya buscan ser enriquecidos y sorprendidos: son ya amantes y conocedores de nuevas formas de contar.

Los mejores periodistas de hoy son grandes lectores, están atentos a las corrientes literarias de este comienzo del siglo XXI y a lo que sucede en el cine, el video, las nuevas tecnologías, la forma en que los lectores actuales están insalvablemente tamizados por su constante exposición y uso de internet, los discursos fragmentados que cambian de género y de estilo constantemente, las personalidades múltiples que adquirimos desde niños para comunicarnos con el exterior, agrandadas hasta el infinito por las redes sociales.

El mundo que muestran los nuevos Nuevos Periodistas de Estados Unidos, como LeBlanc, Orlean, Conover y Bowden, pero también los periodistas literarios de España, como Javier Cercas, Enric González, Juan José Millás y Jorge Carrión, y los “nuevos cronistas de Indias” de América Latina, como el colombiano Alberto Salcedo Ramos, la mexicana Marcela Turati, el argentino Julián Gorodischer o el chileno Juan Cristóbal Peña, es un mundo distinto al del siglo XX; los personajes son distintos, sus retos y contextos han cambiado, ha cambiado el papel y el personaje del periodista, y ha cambiado el lector.

A esta nueva concatenación de miradas se dirigen todos ellos. En primer lugar, me refiero a la nueva mirada de los personajes mismos sobre su mundo y sobre sí mismos. De distintas maneras, con distintos tonos, estos autores introducen el “yo” en sus textos de una manera más compleja que sus antepasados: de los ensayos de filósofos y pensadores varios, de la autoficción de los novelistas y cuentistas actuales, sacan una voz que a medida que cuenta, reflexiona sobre lo que va contando, sobre cómo percibe lo que ve y cómo lo que ve cambia su mirada.

En el periodismo literario de hoy hay poco narrador omnisciente, omnipotente, inmodificable. El narrador actual por lo general invita a su lector a un viaje

conjunto, de descubrimiento y de comprensión. Y muchas veces, al final del viaje no se produce la iluminación. Bajar al infierno de la degradación o simplemente de una mente contemplada de cerca deja al escritor con menos certezas.

Pero de eso iba el viaje: para poder decir “solo sé que no sé nada” hay que haber viajado y vivido y pensado y discutido mucho. Con los medios actuales, con el periodista y su público formando una comunidad donde dialogan, discuten, intercambian certezas y perplejidades, tiene mucho más sentido que antes la invitación a pensar juntos, sacar conclusiones o no sacar ninguna. Para el periodismo interactivo, nada mejor que la invitación a viajar juntos, sin mapas ni guías.

Para estos viajes conjuntos sirve mucho llevar en la mochila los libros, las películas, los cuadros, las canciones que nos gustan y que nos dan el calor de lo conocido en el viaje a lo ignorado.

Hace unos años dediqué un capítulo de mi libro *Periodismo Narrativo* a los mitos, las novelas, las obras de teatro que nos enseñan cómo contar. Pueden ser los relatos sagrados. Para los cristianos y judíos, las historias de la Biblia, que llevamos en nuestra memoria común. Y los mitos griegos. Y el Quijote y las obras de Lope de Vega y Calderón de la Barca. Y Shakespeare, y Molière, y Proust, y Joyce. Y los grandes fabulistas latinoamericanos del siglo xx: Borges, García Márquez, Cortázar, Fuentes, Rulfo. Y las historias construidas con palabras que nos legaron los poetas: Neruda, Machado, García Lorca, Ernesto Cardenal, Roque Dalton.

Nuestro nuevo Nuevo Periodismo sigue dialogando con los grandes de cada lengua. Los mejores cronistas norteamericanos siguen escribiendo sobre sí mismos a partir de Emily Dickinson y sobre su inmenso país a partir de Walt Whitman. Pero también nos relacionamos con el arte de contar en nuestra época. Con la música de nuestro tiempo, y con las películas y las series de televisión.

En los medios y las redes sociales, las distintas formas de contar se juntan y mezclan y dialogan. La ficción usa modos y estructuras del periodismo, y los periodistas toman imágenes y estrategias de los fabuladores.

No se puede hablar hoy del crimen organizado sin saber que nuestro lector probablemente vio *Breaking Bad*. Y nuestra forma de pensar los entresijos de la política se ve influido por los debates alrededor de las series presidenciales, desde *El ala oeste de la Casa Blanca* hasta *House of Cards*. Y nos imaginamos la violencia a partir de Tarantino. Y las relaciones de pareja tamizadas por Woody Allen. Y la fantasía y la gloria con música de John Williams y encuadres de Steven Spielberg.

Si no dialogara con todas las formas de narrar de nuestro tiempo, el periodismo de hoy sería irrelevante, estaría fuera del diálogo social, no nos ayudaría a pensarnos.

La hibridación de géneros, propia de las artes de hoy, ha entrado en el periodismo narrativo para quedarse.

4. Contar para los jóvenes digitales: multimedia, cómic, redes sociales, lo no lineal

Así como estas nuevas formas de narrar usan y aprenden de otras artes, también adoptan géneros, formatos y herramientas que vienen de las más variadas fuentes.

Una es la combinación de lo que antes estaba separado: la producción multimedia junta textos largos y cortos, voces y relatos y ruidos y músicas en audio, los distintos modos del video, mapas interactivos, dibujos e infografías y todas las formas en que puede usarse una sucesión de fotos, desde la muestra de distintas realidades hasta el contar historias con imágenes que avanzan como un álbum en movimiento. Y para unir estos elementos, un diseño que también cuenta una historia y transmite un mensaje.

Así surge la llamada narración no lineal. Se invita al lector a elegir qué camino quiere recorrer. Como en la experimental novela *Rayuela* de Cortázar, como en los menos conocidos pero igual de deslumbrantes reportajes-pesadilla de Sven Lindqvist *Exterminad a todos los salvajes* e *Historia de los bombardeos*, cada lector puede saltar de un capítulo a otro como si avanzara por piedras que sobresalen en un río. Cada uno elige el camino que más le convence o le atrae para pasar al otro lado.

Internet permite jugar, elegir nuestro propio camino con mayor soltura. Entrar una y otra vez en un producto periodístico y cada vez recorrerlo en un orden distinto. Esa es para mí la más potente de las apropiaciones y diálogos: antes de discutir con los autores, antes de preguntar y enfrentar a los creadores, el público elige su camino; y al hacerlo, se apropia de la historia. Cuando el niño decide que en su cuento interactivo el héroe debe tomar el camino de la derecha y no el de la izquierda, el niño se transforma en el héroe, se calza sus zapatos, camina en su lugar.

Así deben ser los productos interactivos, y así son los mejores que crean los pocos, muy pocos periodistas que los dominan. Pero serán muchos más.

Otra forma creativa que crece es el cómic o historieta de no ficción. Este año tuvieron mucha repercusión al menos dos ejemplos: *Camino a Auschwitz*, de los argentinos Julián Gorodischer y Marcos Vergara, y *Los vagabundos de la chatarra*, de los españoles Jorge Carrión y Sagar. Son algunos de los muchos admiradores y herederos del maestro maltés Joe Sacco, el autor del impresionante reportaje histórico en cómic *Notas al pie de Gaza*.

Carrión, quien también es un estudioso del periodismo literario y especialista en su diálogo con las series de televisión, usa el término “nuevo nuevo periodismo”

para referirse a esta creativa amalgama de dibujo y texto, que toma un formato de pasado infantil para contar historias muy adultas y muy complejas. Diarios y revistas están apostando por esta fórmula, y muchos dicen que será una de las formas de atraer nuevos públicos a la crónica. *Los vagabundos...* empezó con unas cuantas páginas en el suplemento cultural del diario *La Vanguardia*, mientras que un fragmento de ...*Auschwitz* fue reproducido en la revista *Gatopardo*.

De los jóvenes latinoamericanos que se han lanzado a trabajar en este formato, uno muy creativo es el colombiano Pablo Pérez (Altais). Me tocó trabajar con Pablo en una revista sobre memoria histórica, *El Retrovisor*, producto de una alianza entre la Universidad de Antioquia y la Academia de la Deutsche Welle, de la cooperación alemana. Pérez, junto con la cronista paisa Margarita Isaza y la fotógrafa guatemalteca Sandra Sebastián, unieron fuerzas para contar la historia de los campesinos expulsados de sus tierras y ubicados en las faldas de los cerros de Medellín. La combinación de textos poéticos, fotos en blanco y negro y dibujos crea una atmósfera poética y a la vez acerca a los personajes y permite entender mejor su drama.

¿Es realmente todo esto una nueva forma de entender, hacer y “leer” periodismo? Como siempre en estos casos, sí y no. Robert Boynton pregunta a sus entrevistados si ellos ven una ruptura, una revolución entre lo que ellos hacen y lo que hizo la generación anterior, y la gran mayoría prefiere referirse a una línea de continuidad. Como siempre, cada generación trata de contar su realidad con las armas a su servicio; y con el cambio de tecnología, de la economía de los medios y de la formación y expectativas de los lectores, también cambia naturalmente lo que se les ofrece.

Como siempre, hay solo dos tipos de periodismo: el bueno y el malo. Si aceptamos que lo que se hace ahora es “nuevo nuevo”, lo que se generará en 2060 será, para quienes quieran definirlo, el “nuevo nuevo nuevo periodismo”. Y para que cada repetición sea distinto, en 100 años tendremos *Nuevo* ‘nuevo’ Nuevo... ¡y ya vendrán los que extrañen el buen viejo periodismo de siempre!

En estas páginas he intentado reflejar lo que sé del ‘estado del arte’ en nuestro oficio. Así están, para mí, las cosas hoy en día. Es un panorama fascinante y estimulante para los que hacen periodismo y para los que necesitan el periodismo para entender el mundo, entenderse a sí mismos y como droga blanda para vivir rodeados de buenas historias verídicas. Como todo lo móvil y cambiante, en el mismo momento en que cierro este, el último párrafo de este texto, seguro que hay alguien en algún lugar del mundo inventando algo nuevo, juntando y mezclando lo ya existente, para darnos un coctel de gran periodismo que nos vuele la cabeza.